



MARIA JOSE BRUNA BRAGADO | Profesora de Literatura de la Escuela de Educación de la USAL

¿Qué es lo primero que le viene a la cabeza sobre Ávila?

La imagen de las Murallas.

¿Qué es lo que más le gusta de Ávila?

La cercanía de la gente, mezclada con esa austeridad castellana que a mí no me extraña porque soy zamorana.

¿Y lo que menos?

La sequedad que a veces implica esa austeridad de la gente.

Un rincón de Ávila y su provincia en el que se perdería ...

Las callejuelas cerca del Parador. De la provincia me gustó Hoyos del Espino.

Un recuerdo de su infancia ...

Pasear por el románico zamorano con mi padre.

Un personaje o persona abulense que le haya marcado.

San Juan de la Cruz y su Cántico Espiritual que es uno de los poemas de amor más hermosos de la lengua castellana. También admiro a Jiménez Lozano, un escritor excepcional no suficientemente

valorado a veces pese a ser Premio Cervantes.

¿Cuál es el mayor cambio que necesita Ávila?

Quizá abrirse un poco más.

¿Qué es lo que Ávila tiene que mantener?

El amor al pasado, el orgullo por lo histórico-artístico, la sencillez de la gente.

¿Qué le parece Ávila hoy?

Urbanísticamente me parece un desastre porque hay zonas nuevas completamente desangeladas. También creo que nece-



MARÍA J. BRUÑA

Foto: Antonio Bartolomé

sita un impulso económico e ilusión.

¿Cómo ve Ávila en el futuro?

Una ciudad más abierta a los extranjeros para rentabilizar más su potencial, ya que la ciudad tiene muchísimas cosas que 'vender'.

¿Qué puede aportar a Ávila?

Tratar de entablar lazos culturales a través de la literatura, de los escritores, aportar aire fresco, ya que mediante la lectura uno se abre a otras dimensiones, no hace falta viajar para enriquecerse.

«Si un maestro no lee, ¿cómo va a estimular a leer a los niños?»

MAYTE RODRÍGUEZ | ÁVILA
maite.rodriguez@diariodeavila.es

La concesión del Premio Cervantes a la escritora mexicana Elena Poniatowska sorprendía esta semana a un grupo de alumnos de la Escuela de Educación de la USAL en Ávila, que después de haber leído recientemente en el aula dos textos suyos de pronto han caído en la cuenta de que los autores que ven en clase «no son raros», sino firmas conocidas y reconocidas, solo que del otro lado del Atlántico. De hecho, la asignatura en la que se acercaron a ella, pero también «a Borges o a Cortázar» se llama Cuentos Latinoamericanos y supone todo un lujo para la profesora que la imparte, María José Bruña (Zamora, 1976) porque «es una optativa» en la que solo están matriculados «diez alumnos», lo que le permite «trabajar en profundidad, dialogar, debatir, no tanto abrumarles con un catálogo soporífero de fechas y títulos», afirma.

En las «asignaturas troncales», sin embargo, tiene «ochenta alumnos» por aula, una cifra que «dificulta las clases prácticas» imprescindibles en materias como Literatura Española, Literatura Infantil o Didáctica de la Literatura Infantil, de las que también ella se encarga. Precisamente, esta filóloga licenciada en la Universidad de Salamanca en 1999 que presentó su tesis doctoral en 2004 asegura que «clases tan numerosas dificultan la adaptación» del sistema universitario español «a Bolonia». Y ella sabe bien de lo que habla porque recaló en la Escuela de Educación de Ávila después de permanecer «casi diez años» fuera de España, impartiendo clase de Lengua y Literatura Española en distintas universidades de «Estados Unidos, Francia y Suiza». De los alumnos extranjeros destaca por encima de todo su «autonomía a la hora de buscar información cuando aquí todavía están esperando a que



María José Bruña en el Centro Municipal de Exposiciones y Congresos Lienzo Norte. / ANTONIO BARTOLOMÉ

les dictes», envidia, al tiempo que recalca la necesidad de «no basar todo el trabajo del profesor en la transmisión de conocimientos ni en la memorización por parte de los alumnos», sobre todo en esta época en la que Internet facilita el acceso a todo tipo de información con un solo clic. «El docente ya no es la enciclopedia andante que fue en otros tiempos, nuestra misión ha cambiado, ahora sobre todo tenemos que ayudar a los alumnos a gestionar esos conocimientos», defiende.

Cuando María José Bruña llegó a la Escuela de Magisterio de Ávila comprobó, estupefacta, que la mayoría de «los futuros maestros no leen», lo cual atribuye a «un problema de base del sistema educativo espa-

«El docente ya no es la enciclopedia andante que fue, nuestra misión ha cambiado»

ñol». Pero ella decidió no darlo todo por perdido y, cada día, se afana en «acercarles a los libros de una manera muy práctica» con la que «a veces», incluso, logra que haya «días

maravillosos en los que nos llegamos a emocionar en clase», revela. Eso sí, las prácticas tiene que dividirlos «en dos grupos de cuarenta porque resulta muy difícil trabajar, tratar de abrir y de fomentar el espíritu crítico de cuarenta a la vez es complicado», asegura.

Sólo tiene palabras de elogio y agradecimiento para sus «compañeros» de la Escuela de Educación de la USAL en Ávila, en la que lleva cinco años y a la que en principio le «costó» acostumbrarse «al tipo de alumnado» porque hasta entonces ella había sido «docente e investigadora en marcos universitarios y académicos muy distintos, más especializados», así que tuvo que «darle un enfoque más pedagógico» a sus

clases, hacerlas «más accesibles y trazar un panorama amplio de la Historia de la Literatura», detalla. Y a pesar del enorme esfuerzo que para ella supuso el cambio de enfoque profesional, admite que «a la larga ha sido muy estimulante y gratificante porque siempre hay estudiantes excepcionales» que acabarán siendo excelentes maestros de «Infantil y Primaria». De hecho, María José cree que esas primeras etapas educativas «son decisivas» y que en ellas la influencia del maestro sobre sus alumnos «es más importante que la del docente de otros niveles, ya sea Secundaria o la propia Universidad», señala. «Por eso tenemos mucho que aprender de los maestros con vocación», defiende.

Pese a que vive en Madrid, lo que le convierte en una usuaria habitual del tren, su entrega con la Escuela de Magisterio de Ávila va más allá de lo puramente docente, por eso coordina la actividad cultural de la Universidad de Salamanca en el campus abulense, que ve con satisfacción cómo va consolidándose y abriéndose no solo a la comunidad universitaria sino a toda la ciudad. Confiesa que lo que peor lleva son «los desplazamientos» constantes y las dificultades de conciliar la vida laboral y familiar cuando, como es su caso, se tienen dos hijos pequeños (Nora y Martín, de 2 y 3 años). También considera que las condiciones laborales de los profesores universitarios jóvenes son manifiestamente mejorables. Pero disfruta tanto «dando clase» que es una de esas afortunadas cuya vocación le alegra los «días malos» regalándole, por ejemplo, la lectura de «un soneto de Sor Juana de la Cruz», apunta.

Y aunque como hispanista no deja de participar en proyectos de investigación, su prioridad ahora es inculcar parte de su amor por la lectura a sus alumnos de Magisterio porque, dice, «si un maestro no lee, ¿cómo va a estimular a leer a los niños?».